

Dos poemas

Rolando Sánchez Mejías

Heimat

(a José Lezama Lima)

No se vió ningún tártaro partir
la línea occipital del horizonte.

Ni un bábaro de aquellos
jalando con sogas de yute
jabatos de peso mediano.

Ni tocando trompeta.
En el bosque.
A nadie.

Ahora Lingua Mater sustenta y amortaja,
su boca húmeda y esponjosa
prodigándonos efectos para-
sintácticos y hasta
locales.

In situ: se sigue bailando
con o sin zampona y se escribe
bellamente aún al compás de
y va escabulléndose (va cayendo el telón)
uno con

la bípeda y/o loca velocidad que va dictando
el estado de las cosas.

Un registro de voces tan amplio
quién te lo iba a quitar, menos que menos
a escribir, por ti, por los demás,
padre mío que nadas como un tonel
en la corriente brumosa de las palabras.

Ahora,
rema.
Es decir parte
y tápate las gordas orejas
y rema, rumbo al poniente.

(No escuches viejo chillar
en el canal que corta el mar
dichas ratas de agua dulce).

Problemas del lenguaje

Yo que tú
no hubiera esperado tanto.

Esperabas que yo fuera
a la cita donde hablarías de la palabra *dolor*.
De allá para acá
(el tiempo corre, querida,
el tiempo es un puerto veloz
que cruza el bosque de la vida!)
han pasado muchas cosas.

Entre ellas
la lectura de Proust. (Si me vieras.
Soy más cínico más
gordo y
camino medio lelo
como una retrospectiva de la muerte.)

Hasta fui a París
y caminé por los Champs Elysées
con un dolor pero tan grande
que no te abrías paso a paso en mi mente.

Yo que tú no hubiera esperado tanto
y me hubiera ido con aquel que te decía

con una saludable economía de lenguaje:
cásate conmigo.

Cuando supe que el lenguaje
es una escalera para subir a las cosas
(uno está arriba
y no sabe cómo bajar
uno está arriba
y se las arregla solo)
decidí no verte más.

Nadie posee
una lengua secreta.
Ni los hopi
ni los dogones.

Nadie posee
una infinita reserva
de juegos de lenguaje
(¡corta es la vida
y el tiempo es un puerco!).

Voy a preguntarte
la función del color *blanco*
en nuestras vidas.

A ver si nos entendemos